



## **Conciencia y conducta medioambiental: los paisajes culturales**

Luis Alvarez Munárriz  
Universidad de Murcia

Las sociedades se configuran dentro de un espacio físico que las circunda y las delimita. Todo grupo humano despliega y desarrolla su existencia dentro de un territorio que condiciona y conforma el estilo de vida de sus miembros. El individuo y el medio físico están sometidos a un proceso dialéctico constante en el que el ser humano transforma el espacio físico para adecuarlo a sus necesidades, pero al mismo tiempo éste condiciona su modo de vida y las relaciones que establece con los demás hombres. Se opera un proceso de realimentación en el que los hombres amoldan el medio natural y al mismo tiempo el medio los amolda a ellos. No se puede comprender al hombre si se prescinde del medio ambiente en el que está instalado. La razón es simple: persona y medio ambiente forman un sistema complejo pero integrado. La persona es parte del medio ambiente y, a la inversa, el medio ambiente ha sido humanizado hasta formar parte de la persona. "El medio ambiente no es algo que está «allá afuera» para ser percibido o conocido, es algo que forma parte de la gente. La gente y su medio están en un constante, activo, sistemático y dinámico intercambio" (Rapoport: 1978, 175; Bateson: 1972, 33; Álvarez Munárriz: 1990, 272; Descola: 2005, 323; Ingold: 2005, 20; Ramírez Goicoechea: 2005, 129).

Estamos asistiendo en esta etapa de la humanidad a un momento en el que las imágenes del territorio como medio ambiente se están modificando con suma rapidez. Dos factores están siendo determinantes en este cambio: las necesidades y nuevas exigencias que demanda una población en aumento que necesita consumir cada vez más recursos para poder sobrevivir, y los graves problemas medioambientales que está produciendo en la Naturaleza el crecimiento económico ilimitado de las sociedades desarrolladas. El difícil problema que plantea esta situación es fácil de entender: la humanidad tiene que aumentar el consumo de recursos para poder erradicar la miseria de los pobres del mundo y al mismo tiempo tiene que limitar el crecimiento para reducir la huella ecológica humana total a fin de evitar el colapso ecológico. Para afrontar este dilema el principal problema no es que seamos incapaces de ver las consecuencias de nuestras actividades, sino que nos vemos forzados a dirigir nuestras acciones hacia consecuencias indeseables. De modo sintético: para poder sobrevivir a corto plazo nos vemos forzados a elegir soluciones que hacen difícil la supervivencia a largo plazo (Dahle: 2006, 28). Paradójico y tremendo desafío que solamente se puede resolver si nos apoyamos en criterios definidos culturalmente es decir, desde la experiencia local, desde la propia tradición cultural de la que históricamente se han servido los pueblos para afrontar los retos que les planteaba el territorio que habitaban.

### **1.- Conciencia y conducta medioambiental**

Se están produciendo cambios ambientales globales sin precedentes la historia de la humanidad. Momento clave es el desarrollo económico a raíz de la revolución industrial que rompe con la dinámica de la Naturaleza produciendo un aumento de la temperatura media anual y cambios en los sistemas de circulación atmosférica y oceánica los cuales han supuesto un aumento del efecto invernadero. También se está produciendo una merma de la biodiversidad y la disminución de tierras fértiles y suministros de agua potable que van a repercutir negativamente sobre la salud de los seres humanos, tanto de los países del Norte como del Sur. El cambio climático y la contaminación están poniendo en peligro la vida en el planeta.

La gravedad de estos hechos está haciendo emerger una nueva conciencia: saber que no es posible la salud individual si no hay salud en el entorno en el que estamos inmersos, que no habrá paz y estabilidad

global si no cuidamos el medio ambiente. "Una de las transformaciones más importantes de nuestro mundo contemporáneo es la revolución ambiental, el surgimiento de la conciencia ecológica, la actual preocupación mundial sobre el estado del medio ambiente que tiene una doble faceta. La primera constituida por la destrucción del mundo natural en que vivimos y la segunda, por la movilización de la conciencia, los esfuerzos y las políticas destinados a detenerla" (Smelser: 1995, 2; García: 2004, 60; Gutiérrez y Garrido: 2006, 248). En efecto, el interés de la población ha evolucionado favorablemente hacia una mayor sensibilidad ambiental.

Esta concienciación ha hecho posible la aparición en las sociedades desarrolladas de la categoría de «desarrollo sostenible» como idea-guía que permita afrontar y solucionar los problemas del medio ambiente. Empezamos a aceptar la idea de que todos los problemas de la humanidad están directamente relacionados con el medio ambiente. Se considera que los grandes problemas políticos que afronta la humanidad a nivel global –pobreza, hambre, guerra, terrorismo, corrupción, etc.- tienen componentes ecológicos. Hace tiempo que demostraron los antropólogos que para comprender y solucionar las amenazas actuales se debe tomar como hilo conductor la degradación del medio ambiente, es decir, la crisis ecológica que azota a nuestro planeta (Bateson: 1972, 490).

Hoy, en un tono más catastrofista e incluso apocalíptico se habla de la sexta extinción y se anticipa una nueva etapa: Edad del fin del Medio Ambiente en la que el hombre no está en ninguna parte (Leakey: 1997, 13; Eldredge: 2001, 2; Wagensberg: 2006, 113). Se afirma que estamos sentados sobre bombas de relojería ecológicas y para desactivarlas se propugna una nueva geopolítica: crecimiento con sostenibilidad. "Todos los grandes ecosistemas, ya sean marinos o terrestres, se hayan bajo presión. La economía mundial está diezmando la biodiversidad, los bancos de pesca, las praderas, los bosques tropicales, las reservas de gas y petróleo. Estamos cambiando el clima, deprisa y a gran escala. Todo esto ocurre en un planeta de 6.500 millones de personas y con actividades económicas que, tal y como se practican, son ya insostenibles. El uso de técnicas mejores puede solucionar la cuadratura del círculo: el crecimiento económico con sostenibilidad" (Sachs: 2006, 38; Stiglitz: 2006, 238-9). Para añadir inmediatamente un matiz muy importante: no todos los países del planeta tienen la misma responsabilidad. El mayor potencial perturbador proviene de las naciones poderosas que siguen aumentando su influencia de forma universal y propiciando la destrucción del territorio a nivel planetario. "Aquí, de nuevo, se plantea el problema de la *equidad* y el problema de la *sostenibilidad*. Las diferencias muestran que el impacto ecológico mundial sobre el conjunto de la biosfera proviene en su mayor parte de la poblaciones sobreconsumidoras del Norte, las cuales además, consumen a menudo recursos procedentes del Sur, apropiándose de una parte del espacio ambiental de estos países" (Sempere: 2003, 3).

Es el modo de vida de los miembros de las sociedades opulentas la causa fundamental del deterioro del medio ambiente que está desembocando en esta situación insostenible debido al crecimiento ilimitado. Para mantenerlo sigue esquilmando los recursos de los países más pobres al mismo tiempo que un grito angustioso recorre las venas de esta sociedad opulenta: salvar el planeta. Grito que se extiende hasta los confines de la tierra para volver a su origen en forma de un tenue y lejano eco que nos dice: salvar primero a los que se mueren de hambre que también son seres humanos porque o nos salvamos todos o aquí no se salva nadie. "La cuestión de la coexistencia (de la supervivencia mutuamente asegurada) se ha dilatado más allá del problema de la buena relación con los vecinos y la cohabitación pacífica con la gente que vive del otro lado de la frontera del Estado, al que se había circunscrito por la mayor parte de la historia humana. Ahora involucra a toda la población humana de la Tierra, tanto los que viven actualmente como los que todavía no nacieron" (Bauman: 2004, 255). Y no son palabras poéticas sino indicaciones que nos muestran el camino a seguir para salvar el planeta: respetar y apoyar a las comunidades locales.

Es cierto que en definiciones recientes de sostenibilidad se apela a la equidad social como criterio que debe orientar el futuro de la humanidad: "La sostenibilidad –señala J. R. Ehrenfeld- es una forma posible de vivir o de ser en la que los individuos, empresas, gobiernos y otras instituciones actúan responsablemente cuidando del futuro, como si hoy les perteneciera a ellos, compartiendo equitativamente los recursos ecológicos de los cuales depende la supervivencia de la raza humana y de otras especies, y asegurando que todo aquel que viva hoy y en un futuro será capaz de prosperar, es decir, de satisfacer sus necesidades y aspiraciones humanas." Pero también es cierto que no se hace nada por implantarla. Se mantiene el crecimiento exponencial de bienes y servicios sin por ello perder la buena conciencia. "Es probable que compartamos una cultura más globalizada, pero aún queda una extraordinaria diversidad en lo que respecta a las formas de vivir en todo el planeta. También existen enormes desigualdades. En las sociedades opulentas de Occidente, las personas tienen la posibilidad de elegir como nunca antes lo han hecho, mientras que en el Tercer Mundo la

gente sueña con escapar de la realidad cotidiana de lucha contra la pobreza, el hambre, la enfermedad y las deudas" (Reuters: 2006, 296).

La relación del hombre con su medio ambiente se hace a través de los diversos y múltiples intereses con los cuales se enfrenta al espacio físico que le rodea y en el que desarrolla su vida. Hasta épocas recientes el hombre se había considerado el «centro del cosmos», dueño y señor del territorio que podía explotar a su antojo y, además, estaba convencido que con la técnica podría resolver los problemas que apareciesen. El ser humano había primado el interés económico, pero empezamos a darnos cuenta de que debemos recuperar y valorar de una manera más consciente y reflexiva el interés cultural, es decir, el territorio como medio ambiente vital, como un recurso natural no renovable de un gran valor cultural.

El interés de la población está evolucionando favorablemente hacia una mayor conciencia ambiental. Uno de los hechos más significativos de nuestra época es la incorporación del medio ambiente al acervo de los valores culturales, sociales y humanos de la sociedad actual. La conciencia medioambiental se ha convertido en uno de los motores del pensamiento y la acción social contemporánea. A su desarrollo ha contribuido la perspectiva antropológica que siempre ha cuestionando los límites entre el ser humano y la naturaleza para poner en evidencia las profundas imbricaciones que existen entre cultura y ecosistemas (Dupré: 2005, 35). Parte de un axioma básico enunciado por Bateson, desarrollado por la Ecología cultural y recordado recientemente por Descola: persona y medio ambiente forman un sistema irreducible. La persona es parte del medio ambiente y, viceversa, el medio ambiente es parte de la persona.

Y uno de sus objetivos prioritarios ha sido investigar y haber podido constatar que ambos aspectos estaban inextricablemente unidos en las sociedades tradicionales: cazadores-recolectores y sociedades agrícolas. En ellas la naturaleza y la cultura estaban conjuntadas en su expresión cultural y constituían un tejido de relaciones que configuraba la vida individual y social. En este acoplamiento se halla la idea de la necesidad de conservar y proteger el medio ambiente y gestionar de manera prudente el uso de los recursos naturales para garantizar el sustento de cada día. Ha mostrado cómo se perdió en la sociedad industrial que siempre tuvo como objetivo el dominio y la explotación de la naturaleza sin caer en la cuenta de que también la podía destruir. En estas sociedades el hábito de la percepción del medio estaba y sigue estando muy debilitado a diferencia de las culturas primitivas o rurales cuyos miembros tenían una conciencia más acentuada del medio en el que vivían. En éstas dominaba la sensibilidad y la intuición a diferencia de aquellas en la que ha primado la lógica y la abstracción.

Ha contribuido a hacernos conocer y también a reconocer los efectos perversos de una visión economicista de la naturaleza (Álvarez Munárriz: 2005, 429). Ya reconocemos que uno de los factores que nos está obligando a plantear seriamente esta dramática situación ambiental que vivimos proviene de la soberbia del hombre. Ya nadie acepta que el crecimiento ilimitado no tenga efectos serios sobre el futuro del planeta. "La degradación medioambiental representa un reto fundamental que debemos afrontar. Dado que la economía impulsada por las redes rastrea incansablemente el planeta en busca de oportunidades de negocio, se produce un proceso de explotación acelerada de los recursos naturales y de crecimiento económico que atenta contra el medio ambiente. Dicho sin rodeos: si incluimos en el mismo modelo de crecimiento a la mitad de la población del planeta que está siendo actualmente excluida, el modelo de producción y consumo industrial que hemos creado no es ecológicamente sostenible" (Castells: 2002, 309).

Se ha creado una conciencia medioambiental que reconoce la necesidad de respetar el medio ambiente y para ello parar el crecimiento. Nadie puede negarla pero paradójicamente hoy se mantienen los ideales del crecimiento ilimitado. Y es que una cosa es la conciencia y lo que dice la gente sobre la necesidad de proteger el medio y por ello se habla de valores postmaterialistas, y otra cosa muy diferente es la conducta real de la gente que funciona según los patrones culturales del consumismo desmedido. La humanidad parece haber tomado conciencia sobre las crecientes presiones que ejerce sobre el medio ambiente pero esa actitud todavía pertenece más al terreno de los discursos declarativos y en manera alguna al de las conductas responsables. La responsabilidad individual queda diluida en el conjunto de la comunidad y se puede hablar de cierta forma de alienación entre las conductas habituales y el impacto y efecto ambiental que generan. "En este complejo escenario, el individuo se enfrenta al reto de conciliar la conciencia medioambiental con su conducta y superar las resistencias a sacrificar alguna de las mejoras que el actual modelo de producción industrial han aportado a nuestra calidad de vida. Respecto a la profundidad de la conciencia medioambiental, los datos revelan una brecha entre la misma y la conducta ecológica de los individuos" (UEOP: 2006, 4; Navarro Obrer y Martínez Soria: 2006, 170; Jordana: 2004, 38).

Se agranda la brecha entre la conciencia y la conducta medioambiental. En efecto, se reconoce la necesidad de no confiar en la ciencia y de cambiar nuestro modo y estilo de vida pero no se hace nada para conseguirlo. Es un plano puramente declarativo, un discurso vacío porque de hecho no se plasma en acciones concretas. Inconscientemente apoyan el crecimiento económico y se desentienden de los daños que ese modo de vida produce en el planeta. Es cierto que en el Protocolo de Kioto suscrito en 1997 por la mayoría de los países desarrollados tenía como objetivo la reducción de la emisión de gases con efecto invernadero causantes del aumento de las temperaturas. Pero también es cierto que no se ha cumplido ese compromiso sino que ha aumentado el deterioro del medio ambiente. Recientemente se nos ha alertado del cambio climático, de los efectos desastrosos que puede tener para la economía mundial y se aboga por un nuevo protocolo mucho más rígido. Se reconoce que el desarrollo económico a raíz de la revolución industrial ha roto la dinámica natural de nuestro planeta. Se apuesta por un nuevo paquete de medidas para reducir las emisiones y planes de reforestación que permitiría su absorción. Pero debe quedar muy claro que no se ve en el horizonte la posibilidad de realizarlo. Por ejemplo, se anticipa que España va a aumentar la emisión así como Estados Unidos y China. Se prima el desarrollo económico sobre el cuidado del medio ambiente aunque se sepan los riesgos que corremos. Lo que realmente preocupa es que se produzca un *crack* como el del año 1929, lo que realmente asusta es se produzca una caída del 20% del desarrollo económico.

Es cierto que después de alguna terrible catástrofe reaccionamos y queremos erradicar las causas que la provocaron. Brota con energía y vigor la mentalidad posmaterialista. Pero como solo esta basada en el miedo y no en el convencimiento y compromiso responsable, enseguida la minimizamos para seguidamente olvidarla. Nos negamos a reconocer que es el modo de pensar y la forma de actuar del hombre desarrollado la fuente de donde emana esas terribles catástrofes y a actuar en consecuencia. Esta brecha justifica que se oigan muchas voces que hablan de la imposibilidad de conciliar la conciencia con la conducta, que no existen indicios para pensar que se pueda parar este proceso que se ha desbocado y que es imposible de detener.

No es de extrañar, por tanto, que la geopolítica de la sostenibilidad haya sido vista por los países menos favorecidos y poco desarrollados como una forma de colonialismo: la receta de los países ricos para salvar un planeta que agoniza y cuyo modelo quieren imponer a todos los países del planeta. "Dicho paradigma no sólo esconde y diluye las fisuras del sistema neoliberal, sino que también excluye la posibilidad de construir alternativas al modelo hegemónico. Tras su enunciación se percibe una legitimación del viejo sistema capitalista e imperialista, ahora reconvertido en lo que se viene llamando la reestructuración del capitalismo y la globalización. El desarrollo sostenible, lejos de ser una elaboración científica, es un constructo político e ideológico que oculta las implicaciones del desarrollo sobre medio ambiente. De hecho, se ha transformado en un instrumento ideológico que alimenta y legitima nuestro modelo de desarrollo" (Santamarina: 2005, 17; Norberg-Hodge: 2006, 81). Estamos muy a gusto en el mundo de los privilegiados que, aunque tenga islas de miseria y sufrimiento, sigue siendo un mundo selecto que no estamos dispuestos a abandonar y que además contribuimos a consolidar y fortalecer. Vivimos en una burbuja que nos aísla y nos defiende de lo que hay fuera. Seguimos instalados en la más pura hipocresía porque no nos preguntamos y mucho menos actuamos sobre las causas de lo que realmente está ocurriendo. En este contexto de pesimismo el gran reto que tiene la Antropología en la actualidad es diseñar alternativas que sean creíbles y asumibles de un modo efectivo por los ciudadanos.

## 2.- El enfoque cultural

En esta situación conflictiva es pertinente recordar la llamada de atención por parte de los antropólogos sobre la necesidad de un desarrollo «culturalmente compatible». No se trata de idealizar la filosofía de las culturas tradicionales, de sus valores, de ese mundo mágico de espíritus y Dioses, donde el hombre convive con todos los seres de la naturaleza, donde una planta siente, donde un árbol es más que madera. Se trata simplemente de respetar y tener en consideración las prácticas, costumbres, leyes, reglas, creencias y valores de la gente, de no sustituir las formas nativas por conceptos culturalmente extraños.

Nadie discute que los problemas medioambientales tienen una dimensión planetaria, pero también es cierto que solo son comprensibles para los ciudadanos cuando se los sitúa a una escala regional o local que es el lugar donde se viven, es decir, cuando se relacionan con las condiciones de vida de las personas. El apego por el lugar genera vínculos con los espacios que promueve comportamientos ecológicamente responsables: procesos de implicación y corresponsabilización por el propio entorno. Es en estos contextos, por tanto, donde

se viven y resuelven los problemas medioambientales y de ahí la necesidad de tener en cuenta las condiciones de vida de los seres humanos, las prácticas locales que por propio interés cuidan el medio. Debemos convencernos de que es la estrategia más realista y efectiva para mantener la biodiversidad y caminar hacia un planeta más sostenible y saludable.

Es una seria advertencia "a una moderna filosofía intervencionista que busca imponer una moralidad ecológica global sin prestar atención a la variación y autonomía culturales. Los países y las culturas pueden resistirse a las filosofías intervencionistas dirigidas tanto a un desarrollo como a un justificado ecologismo global" (Kottak: 2006, 316; Pereira, Oñate y Rodríguez: 2006, 878; González Ladrón de Guevara: 2004, 81). Se trata de poner al hombre y su bienestar en el centro de del desarrollo y de rechazar esa una geopolítica que propone el neoliberalismo. En ella se ignora y no se es capaz de reconocer la estrecha relación que debería tener el concepto de *desarrollo sostenible* con los de *territorio, ecosistema y cultura*.

El medio ambiente es percibido y modelado a través de las vivencias que las personas tienen de las cosas y sucesos que en él ocurren, han ocurrido o pueden ocurrir. En esa relación dinámica cada sociedad crea sus propios paisajes culturales, genera problemas en su uso y disfrute, pero es también capaz de encontrar las soluciones adecuadas. "Cuando los seres humanos se enfrentan con el medio ambiente, construyen su propio nicho o paisaje —esto es, modifican el medio ambiente con la intención de alcanzar objetivos sociales, políticos y económicos... El medio ambiente construido ha demostrado ser un poderoso recurso para las sociedades del pasado; para evaluar los paisajes modernos, necesitamos conocer el repertorio cultural que la gente ofrece a nuestros días. Los paisajes son amalgamas acumuladas que representan la suma total de la modificación natural y humana (tanto pretendida como accidental) realizada sobre millares de años. En este sentido cualquier aspecto del medio es una entidad única que no se puede comprender al margen de su trayectoria histórica" (Fisher y Feinman: 2005, 64).

Este principio histórico no solamente es una invitación a las investigaciones históricas de *larga duración* sino que también es una llamada de atención al respeto por la autonomía y la diversidad cultural. Esta manera de ver la realidad territorial debe constituir la idea guía que sirva para crear estrategias orientadas a resolver los problemas medioambientales que hoy se nos plantean a nivel global. "La diversidad es un valor en sí, por lo que supone de manifestación peculiar de un pueblo y es una garantía de futuro, de evolución divergente o paralela que permita distintas opciones para tiempos venideros y por ello es necesario defenderla y mirar hacia las raíces de los pueblos y sus formas de vida y de manejo del medio al que sabiamente se adaptaron" (Acosta: 2002, 15; Krotz: 2005, 417; Novo: 2006, 5; Shiva: 2006, 90).

La necesidad de este enfoque cultural muestra la importancia de las contribuciones de la Antropología social. "En el ámbito de la antropología, así como en algunas otras disciplinas, el interés por los modos en que la gente se relaciona con el medio ambiente no es nuevo: los antropólogos especializados en este campo se han referido a menudo a una antropología de orientación ecológica que se ha dedicado a estudiar dicha relación durante los últimos cien años aproximadamente. Pero las conclusiones a que ha llevado esta investigación nunca han sido tan potencialmente significativas para el mundo no académico como lo son ahora en el contexto del discurso medioambiental contemporáneo. (Milton: 1997, 2; Aparici: 2006, 317). Y en la situación problemática que tenemos que afrontar los antropólogos han empezado "a desempeñar su papel de ciudadanos y su competencia para tratar una serie de problemas ambientales en discusión: los mecanismos de subsistencia sustentable en sociedades no industriales; el alcance y el status del conocimiento tradicional y las técnicas de manejo de recursos; las fluctuantes fronteras taxonómicas que traen consigo las nuevas tecnologías reproductivas; los fundamentos ideológicos de los movimientos conservacionistas, y la mercantilización de muchos componentes de la biosfera" (Descola y Pállson: 2001, 24; Kottak: 2006, 317; Susanne, Rebato y Chiarelli: 2005, 682; Herzfeld: 1999, 189; Moran: 1996, 387; Rappaport: 1975, 271-2).

Esta cuestión se ha convertido en uno de los temas de investigación fundamental para nuestra disciplina. La razón es clara: "El problema humano, hoy, no es sólo de conocimiento, es un problema de destino. Efectivamente, en la era de la diseminación nuclear y la degradación de la biosfera, nos hemos convertido para nosotros mismos en un problema de vida y/o muerte" (Morin: 2003, 18). En este contexto que tienen que afrontar los antropólogos son conscientes de la necesidad de definir con claridad la relación histórica hombre-medio ambiente, eliminar el etnocentrismo y el colonialismo que padecía la ecología cultural y caminar hacia una colaboración multidisciplinar. En este trabajo de colaboración las preguntas clave que se deben plantear son muy simples: qué tipo de medio ambiente se debe conservar, por quien y para quien. Y para poder responderlas hay que fijar con claridad "qué paradigmas, qué supuestos, que programas de investigación

debemos compartir para facilitar la necesaria comunicación que promueva y permita la futura investigación" (Fisher y Feinman: 2005, 62-63).

Pues bien, es difícil encontrar categorías de tipo cultural con las que comprender y solucionar la universalidad y la gravedad de los problemas ambientales. Son muchos los enfoques desde los que se ha abordado este problema en la denominada «Environmental Anthropology»: ecología cultural, ecología de sistemas, ecología evolutiva, etnoecología, ecología histórica, ecología global, ecología del paisaje, etc. Para evitar esta fragmentación y unificar teorías que sirvan para modelizar, comprobar y ofertar propuestas alternativas de futuro se ha recuperado en nuestra disciplina una categoría para interpretar el significado que debe tener para los hombres de nuestra sociedad el territorio que habitan: «Paisaje Cultural». "El paisaje —al igual que la noción de naturaleza— es una construcción cultural vinculada a la memoria y a unos códigos estéticos y conceptuales propios de una sociedad. La plasmación de un paisaje siempre esconde codificaciones aprendidas con anterioridad. El legado de todo lo que hemos visto y leído —la historia del arte y de la literatura— constituye un bloque ideológico que sedimenta en nuestra memoria individual y colectiva. Y es lo que nos hace sentir y valorar el territorio desde una experiencia cultural y subjetiva" (Aguiló: 2006, 11).

### 3.- Los paisajes culturales

Nadie duda ya que el desafío que tenemos en la actualidad es el de conjugar el desarrollo económico y social con la protección del medio ambiente, solucionar de manera sabia las contradicciones que genera el intento de mantener el progreso industrial y al mismo tiempo preservar el medio físico del que depende la calidad de vida de sus habitantes. Frente al ecocentrismo que concibe la especie humana como la gran equivocación de la Naturaleza y el antropocentrismo que considera que la técnica podrá solucionar los problemas que surjan, surge la categoría de paisaje cultural. Tiene un gran poder iluminador de cara a comprender los modos de ser, pensar y actuar de los seres humanos dentro del grupo social en el que desarrollan su vida, y cuyo conocimiento permite diseñar proyectos de futuro que redunden en beneficio de la calidad de vida de los ciudadanos. Es una categoría realmente fértil en la medida que no solamente tiene en cuenta el impacto negativo sino también el positivo y además proporciona una visión más completa y holística de los múltiples aspectos e interrelaciones que posee el territorio a nivel mundial.

El «Paisaje Cultural» se puede describir como la transformación de una parte de la Naturaleza que realiza el hombre para configurarla, usarla, gestionarla y también disfrutarla de acuerdo con los patrones que dimanen de su propia cultura. Percibimos, comprendemos y creamos el paisaje a través del filtro de nuestra cultura. Ello constituye un fuerte argumento para entender que este concepto se convierta en el núcleo de un modelo que oriente sus investigaciones sobre las complejas formas con las que nuestros antepasados y nosotros mismos nos relacionamos con el territorio que habitamos. De todas maneras conviene recordar que la recuperación de esta categoría tiene un sólido fundamento: el progreso intelectual se realiza perfeccionando categorías. Y se trata de una categoría que surgió del trabajo de colaboración interdisciplinar de investigadores pertenecientes al campo de Antropología social, la Geografía cultural y la Ecología urbana (Álvarez Munárriz: 2007, 43). De la confluencia de estas disciplinas surgió una categoría de interpretación que hoy se vuelve a recuperar pero también actualizar. Es un concepto valioso que nos ha legado una generación de pensadores que son clásicos en nuestra disciplina y que hasta ahora había suscitado poco interés entre los antropólogos.

Pero se ha recuperado y convertido actualmente en una categoría de interpretación que ha sido ampliada y renovada para poder acoger los nuevos conocimientos y los nuevos problemas para de esta manera poder afrontar los desafíos que en la actualidad presenta el medio ambiente. Recuperación necesaria porque el paisaje forma parte de aquellos temas que habían sido persistentemente olvidados por la racionalidad occidental (Adorno: 1980, 95). Sin embargo hoy se rescata para incluir en este concepto tanto las características de la zona natural como las formas impuestas al espacio físico por las actividades humanas, tanto la estructura física de un territorio como su orden cultural. En esta línea hay que situar la visión antropológica del paisaje que se define en la Carta del Paisaje Mediterráneo "como la manifestación formal de la relación sensible de los individuos y de las sociedades en el espacio y en el tiempo con un territorio más o menos intensamente modelado por los factores sociales, económicos y culturales. Esta relación puede ser de orden afectivo, identitario, estético o económico, e implica la atribución a los paisajes por los individuos o las sociedades de los valores de reconocimiento social a diferentes escalas. Y en el Convenio Europeo del Paisaje hace referencia y se puede designar con este término cualquier parte del territorio, tal como es

percibida por las poblaciones, cuyo carácter resulta de la acción de factores naturales y/o humanos y de sus interrelaciones.

Es un modo nuevo de enfocar el estudio del territorio que tiene como eje central la experiencia estética del entorno en el que vive el hombre. La apropiación simbólica del territorio transforma el medio físico en paisaje. Un paisaje es siempre por definición una elaboración cultural de un determinado territorio. Son espacios transformados en paisajes culturales que han sido construidos durante siglos por las comunidades humanas que se han sucedido o convivido simultáneamente. En efecto, todo paisaje conserva huellas en su territorio del pasado y del presente, es decir, está impregnado de cultura. Por la experiencia viva del hombre el territorio se convierte en paisaje y a su vez en archivo y patrimonio cultural. Es fruto de la experiencia y la acción humanas y como tal queda grabado de manera imborrable en la memoria de un pueblo. Es, por tanto, símbolo de la historia de un país, un legado de gran valor y significado, uno de los legados más ricos que hemos recibido del pasado, y, por tanto, un patrimonio que hay que saber apreciar, gestionar y recrear de manera sabia y prudente. Pero un patrimonio vivo, un testigo cultural de primer orden que nos indica nos solamente lo que hemos sido sino también lo que queremos ser. Es a la vez una figuración y una configuración. No es solo un espacio físico sino también el lugar donde vivimos, el escenario donde se ha gestado y se sigue gestando el drama de la identidad de sus habitantes.

La visión del territorio a través de la categoría de «paisaje cultural» permite superar la tradicional y omnipresente dicotomía de naturaleza/cultura para ver la relación hombre/medio a través de una causalidad circular, es decir, a través de una visión recursiva de la interacción que a lo largo de la historia los seres humanos han establecido y siguen estableciendo con el territorio. También permite superar la visión positivista y mercantilista del territorio para prestar igual atención a la dimensión natural y la sociocultural.

De esta manera se pueden complementar los hechos humanos con los fenómenos físicos puesto que esta síntesis es la que realmente conforma la estructura de cualquier territorio: escenario físico, soporte de la actividad social y espacio simbólico. Con esta categoría antropológica se hace referencia a la experiencia vital del medio ambiente que se concreta en al acto de estar en un lugar determinado, disponer de él y también gozarlo. Pero es sobre todo una categoría fértil y flexible a la hora de reinterpretar el territorio y entablar diálogos polivalentes con la crisis de la naturaleza que nos atenaza. "Los compromisos medioambientales de la nueva cultura social han introducido a la «ciencia del paisaje» en la nueva dimensión de los problemas más preocupantes para el futuro del hombre y del territorio. Y esto porque el Paisaje es expresión del estado de la cuestión del hombre y de la sociedad. El paisaje es el exponente más expresivo de sus desajustes con el territorio y al mismo tiempo de sus conflictos sociales y tecnológicos. Cada día más el paisaje es el resultado de sinergias o desajustes de progresiva complejidad, y los estudios vinculados al paisaje se van transformando en un tema líder de nuestro tiempo (Arias Sierra: 2003, 107).

## Bibliografía

- Acosta Naranjo, R. (2002): *Los entramados de la diversidad. Antropología social de la dehesa*, Badajoz, Raíces.
- Adorno, Th. W. (1980): *Teoría estética*, Madrid, Taurus.
- Aguiló, M. (2006): "Paisajes: territorios de la naturaleza, territorios del alma" Fundación Las Claras, Joan Miró. Paisajes, Murcia, Cajamurcia.
- Alvarez Munárriz, L. (1990): *Antropología teórica*, Barcelona, PPU.
- Álvarez Munárriz, L. (2005): *Antropología de la Región de Murcia*, Murcia, Editora Regional.
- Álvarez Munárriz, L. (2007): "Visión histórico-sistemática de la Antropología social" en Lisón Tolosana, C. (Edt.), *Introducción a la Antropología social y cultural*, Madrid, Akal.
- Aparici, A. (2006): "Perspectivas sociales en los estudios de impacto medioambiental" Camarero, L. (Coord.), *Medio ambiente y sociedad*, Madrid, Thomson.
- Arias Sierra, P. (2003): *Periferias y nueva ciudad. El problema del paisaje en los procesos de dispersión urbana*, Sevilla, Universidad.
- Bateson, G. (1972): *Steps to an Ecology of mind*, New York, Ballantine Books.
- Castells, M. (2002): *El poder de la identidad*, Vol. 2, Madrid, Alianza.
- Descola, Ph. y Pállson, G. (2001): "Introducción" en Descola, Ph. y Pállson, G. (Coord.): *Naturaleza y sociedad. Perspectivas antropológicas*, Madrid, Siglo Veintiuno.

- Descola, Ph. (2005): *Par-delà nature et culture*, Paris, Gallimard.
- Dahle, O. (2006): "Visión medioambiental y reto medioambiental" en Guerra, A. y Tezanos, J. F. (Edts.), *La política de la tierra*, Madrid, Sistema.
- Dupré, M-C. (2005): "L'environnement, objet introuvable: savoirs et connaissances dans l'écosystème homme-nature" en Traimond, B. (Dir.), *L'anthropologie appliquée aujourd'hui*, Bordeaux, PUB.
- Eldredge, N. (2001): "The Sixth Extinction" *An Action Bioscience*. Disponible en [www](http://www.actionbioscience.org/).
- Fisher, C. T. y Feinman, G. M. (2005): "In focus: Landscapes over time: resilience, degradation and contemporary lessons" *American Anthropologist*, 107/1.
- García, E. (2004): *Medio ambiente y sociedad*, Madrid, Alianza.
- González Ladrón de Guevara, P. (2004): "Cultura, ambiente y sostenibilidad" en Rodríguez, R. y Pérez, J. (Edts.), *Espacios y desarrollos rurales*, Gijón, Trea.
- Gutiérrez, P. M. y Garrido, F. J. (2006): "Metodologías participativas de investigación y planificación del medio ambiente" Camarero, L. (Coord.), *Medio ambiente y sociedad*, Madrid, Thomson.
- Herzfeld, M. (1999): *Anthropology. Theoretical practice in culture and society*, London, Blackwell.
- Ingold, T. (2005): *The perception of the environment: Essays on livelihood, dwelling, and skill*, London, Routledge.
- Kottak, C. Ph. (2006): *Antropología cultural*, Madrid, McGraw Hill.
- Jordana, R. (2004): *Protección frente a conservación: gestión. El porqué de la gestión de la naturaleza*, Lección inaugural de Curso, Universidad de Navarra.
- Leakey, R. (1997): *La sexta extinción*, Barcelona, Metatemas.
- Moran, E. F. (1996): "Environmental Anthropology" en Levinson, D. y Ember, M. (Edts.), *Encyclopaedia of cultural Anthropology*, Vol. 2, New York, H. Holt and Company.
- Morin, E. (2003): *El método. La humanidad de la Humanidad. La identidad humana*, Madrid, Cátedra.
- Navarro Obrer, E. y Martínez Soria, T. (2006): "La sensibilización y la educación ambiental en la gestión de residuos" en Bono, E. y Tomás, J. A. (Edts.), *Residuos urbanos y sustentabilidad ambiental*, Valencia, UPV.
- Novo, M. (2006): "El desarrollo local en la sociedad global: hacia un modelo «glocal» sistémico y sostenible" en Murga, M. A. (Coord.), *Desarrollo local y Agenda 21*, Madrid, Pearson.
- Norberg-Hodge, H. (2006): "De la independencia mundial a la interdependencia local" en Serrano, B. (Edt.), *Objetivo decrecimiento*, Barcelona, Lector Universal.
- Pereira, D, Oñate, J. J. y Rodríguez, J. J. (2006): "La evaluación ambiental estratégica en la lucha contra el hambre y la pobreza" Trueba, I. (Edt.), *El fin del hambre en 2025*, Madrid, Mundi Prensa.
- Ramírez Goicoechea, E. (2005): *Evolución, cultura y complejidad. La humanidad que se hace a sí misma*, Madrid, Ramón Areces.
- Sachs, J. (2006): "Desarrollo sostenible: la nueva geopolítica" *Investigación y Ciencia*, 359.
- Rappaport, R. A. (1975): "Naturaleza y antropología ecológica" en Shapiro, H. L. (Edit.), *Hombre, cultura y sociedad*, México, F. C. E.
- Rapoport, A. (1978): *Aspectos humanos de la forma urbana. Hacia una confrontación de las Ciencias Sociales con el diseño de la forma urbana*, Barcelona: Gustavo Gili.
- Reuters (2006): *Mira el mundo. Tendencias, cambios y retos del nuevo milenio*, Barcelona, Blume.
- Santamarina, B. (2005): "Las nuevas formulaciones asimétricas: la sostenibilidad del desarrollo" *Ankulegi*, 9.
- Sempere, J. (2003): "Necesidades, desigualdades y sostenibilidad ecológica" *Cuadernos Bakeaz*.
- Shiva, V. (2006): *Manifiesto para una democracia de la tierra*, Barcelona, Paidós.
- Smelser, N. J. (1995): "Las transformaciones y los cambios sociales" Segunda Reunión del Consejo Intergubernamental del Programa "Gestión de las Transformaciones Sociales".
- Stiglitz, J. E. (2006): *Como hacer que funcione la globalización*, Madrid, Taurus.
- Susanne, C., Rebato, E. y Chiarelli, B. (2005): "Antropología: ¿un futuro?" en Rebato, E. et alii, *La antropología biológica*, Estella, EVD
- Unidad de Estudios de Opinión Pública (2006): *Conciencia y conducta medioambiental en España*, Madrid, Fundación BBVA.
- Wagensberg, J. (2006): *A más cómo, a menos por qué*, Barcelona, Metatemas.